

tido de la persona que deseaba. Desengañado de que Rosa no habría tenido bastante espíritu para dar este paso, ó que no habría logrado vencer todas las dificultades, ó que más bien no se acordaba ya de él: al emprender retirarse por última vez, las vueltas de una llave truenan en su corazón; la puerta se abre, aparece una hermosísima joven vestida de blanco, dibujándose la elegancia de sus formas en la sombra de los bosques. Pero Eugenio, que después de tanto tiempo no había visto á su amada, la desconoce; no es aquella belleza risueña, llena de juventud y lozanía que se asomaba al postigo del balcón; el brillo de sus ojos está marchito; parece que un funesto presentimiento la oprime, que algún mal interior roe su existencia, porque las huellas de una antigua y profunda melancolía surcan su frente.

Se halla sobresaltada por un paso tan nuevo y tan atrevido para ella. Sus miembros todos se sacuden con violencia y parece desfallecer. Recoge todas sus fuerzas para poder hablar. Con sus pequeñas manos enlazadas y trémulas. "Señor, le dice, no interprete vd. en su favor mi presencia en este lugar, y mi venida á su llamado. Confieso á vd. que habría sido dichosa en hallar conforme á mis inclinaciones la voluntad de mi madre; pero yo la amo sobre mi propia dicha, y estoy resuelta á no darla un pesar. Bástele á vd. la confesión

que le hago de que no padece sólo, para que no me exija más. Esta confesión, que en cualquiera otra circunstancia no podría hacer sin rubor, me da derecho en esta, para conjurarle en nombre del amor que me tiene, que no se empeñe vd. en turbar el reposo de mi familia, que coloque en otra parte más dichosa, sí, más dichosa, la honestidad de sus pretensiones; yo no daré jamás un paso violento; pero sabré con placer que es vd. feliz. Esto sólo venía á decir á vd. para que no extrañe que yo no reciba ningún mensaje suyo, y rogarle de nuevo por la memoria de su madre, á quien debe vd. haber amado mucho, que no ponga obstáculo por su parte á que yo haga la voluntad de la mía. Adios, señor; retírese vd., mi primer palabra con vd. ha sido un adiós, y un adiós para siempre."

Eugenio cae á sus pies sin poder articular palabra.

Rosa participa en su corazón la muerte que ha derramado en el corazón que la ama: se sobrepone á la pena que la causa el mal que ha hecho, y va á retirarse ofreciendo en su interior aquella víctima al amor á su madre, cuando al dar la vuelta se encuentra con ella misma, que aparece, no como el ángel de Isaac para parar el golpe, sino para descargarlo. Aquella señora, á la presencia de Eugenio, pierde la razón de furor: llama á su hija con los nombres más degradantes y vilipendiosos, la

cubre de ignominia, la maldice, la lanza de su casa, de la cual dice que ha sido el deshonor; y en uno de sus transportes va á poner sus manos en la persona de Rosa, no se sabe si para arrastrarla consigo ó arrojarla por la puerta que permanecía abierta, porque Eugenio se interpuso diciéndola: "Vd. puede, señora, con bárbara crueldad pagar así la heroicidad de un amor filial que jamás estuvo á tan dura prueba; pero no profanará vd. delante de mí, ni nunca, lo que sólo se hizo para los homenajes del amor y del respeto." Irritada más y más la señora, corre á la casa atravesando la huerta á llamar gente; Rosa sobrecogida de terror y casi fuera de sí cae en los brazos de Eugenio. Este, que teme dejar á un ser débil, al ser que ama, que no tiene más apoyo que á él sobre la tierra, abandonado al maltrato y á la persecución de una familia irritada, implacable y poderosa, la arrastra consigo fuera de la casa y se entra en la alameda para poner en salvo á su amada, mientras va á llamar á un eclesiástico, ó cualquiera otra persona respetable, que la reciba en su casa, en tanto que implora por última vez la protección de unas leyes, que si no le han de asegurar la mano de Rosa, amparen á ésta á lo menos para que pueda sin peligro y sin mancha volver al lado de su madre. Mas se ve obligado á esperarse un poco porque aquella tierna niña está más muerta que viva, y por al tra-

vés de los árboles ve del lado del jardín, salir criados con luces y otras gentes armadas, corriendo en todas direcciones. Entre tanto había recostado á Rosa en el césped, y cuando todo volvió á quedar en silencio y que creyó poder dejarla sola por un rato, se dirige á casa del confesor de Rosa, y al llegar á la puerta de la alameda se la encuentra cerrada; entonces se acuerda de esta circunstancia en que había pensado: corre á otra, y á otra puerta, por si no hubieren acabado de cerrar. Pasos inútiles; ya hacía un rato que el alamedero se había retirado. Casucas no habitadas, ó bien retiradas, y muros de huertas rodean la alameda. Por otra parte, dar voces, sería denunciarse y provocar el atropellamiento de que había querido liberrar á su amada. En su desesperación se arroja al foso para tentar un vado; pero ni encuentran fondo sus pies, que se hunden en el cieno, ni puede nadar. Temblando por el honor de su Rosa, se vuelve al lado de ella para pensar ambos en una situación desesperada, y en las consecuencias de una acción que no había estado antes ni en sus intenciones ni en su previsión.

La tierna, la tímida, la inocente Rosa, no sabe lo que le pasa: las bóvedas del cielo se han desplomado sobre su cabeza: todas son para ella sensaciones nuevas que no se atreve á mirar de frente y que la transportan á un mundo ideal, vago, desco-

nocido; sin haberse atrevido á pensarlo, sin pensar en resistirlo, en encuentra sola en aquel sitio con Eugenio, sentada sobre sus rodillas; la cabeza de su amado reclinada en su pecho; la suya sobre la cabeza de su amado y sus brazos rodeando su cuello.

Miraba ella aquel hermoso sitio, en que creía reconocer huellas de las alegres correrías de sus primeros años, como un desierto inmenso, indefinido, en cuyo término no quería pensar: se creía en aquel momento subtraída de toda relación con el resto de los vivientes, fuera del alcance de su poder y de su malevolencia, y quisiera que aquel momento se prolongase hasta la eternidad. Su mente fluctuaba por ideas vagas que no acertaba á definir: todo lo pasado de su vida había desaparecido de su memoria: el aire tibio y voluptuoso del estío adormecía su sangre, tenía clavada su vista sin intención de mirar los objetos que la rodeaban, y embelesada por dulces emociones, se dejaba arrastrar á aquella existencia desconocida, como se duerme el niño embelesado al canto de su nodriza.

¿Cómo referir el diálogo que se entabló entre éstos dos seres? Se pueden reproducir los discursos de los oradores elocuentes, las disputas de la religión ó la política; pero un momento en que una alma se confunde con otra alma, en que un amante oye

pensar á su amante, es tan superior á nuestra inteligencia, como la germinación y la vitalidad, como tantos misterios de la naturaleza con que estamos familiarizados y que no nos es dado comprender.

Eugenio contaba sus desgracias: Rosa le interrumpía para contar las suyas: su mutuo amor se enterrecía al escucharlas: su mutua compasión se insinuaba en el amor, y la pálida claridad de la luna veía brillar y confundir sus lágrimas.

—Rosa, dice Eugenio, el mundo no creerá jamás que sólo nos quisimos ver esta noche para no vernos más y para sacrificar nuestra dicha á su injusticia: descargará sobre nuestros nombres todo su desprecio, fulminará su irrevocable anatema sobre una acción en que no hay otro delincuente sino él. Abandonados por el mundo, ¿á quién debemos recurrir si no al Padre de la verdad, al que ha creado nuestra alma, y ve en el fondo de ella la inocencia de nuestra conducta y la pureza de nuestras intenciones? Pues bien, Rosa, dejemos al mundo, y vivamos de la realidad de las cosas. Nosotros hemos nacido para vivir juntos. El giro de las ideas y de los intereses del mundo, eso que se llama política, y que no es más que la vil historia de la especie humana, dividida en puñados para hacerse la guerra unos á otros, ha podido atravesar los mares, dejar tras de sí los desiertos, sal-

var, en fin, la cordillera de Anáhuac para hacer venir al español á anatematizar su propia raza; pero no tiene bastante poder para levantar una barrera entre nosotros. Tú te honrarás de dar á tus hijos el nombre de un criollo, yo me envanezco de serlo; tu familia está interesada en cubrir lo que ella misma nos ha provocado á hacer. Viviremos públicamente juntos: nuestras almas formarán una sola, nuestros suspiros de amor y nuestros pensamientos se derivarán de una misma fuente. ¿Sientes, Rosa, todo este porvenir de ventura inefable? Pero el mundo en su despreciable perdón no hará más que añadir una ceremonia á un decreto anterior del cielo, porque yo soy tu esposo delante del cielo.

—¡Mi esposo! exclamaba Rosa en su enajenamiento.

—Sí, replicaba su amante, el Dios que formó nuestros corazones, les inspiró una mutua inclinación, amalgamada en la sangre que se forma en ellos. Al amarnos no hacemos más que obedecer sus leyes, que son superiores á las del hombre. Unimos aquí nuestra fe y ponemos por testigo al cielo. La promesa de nuestra fidelidad es más solemne que las mentidas fórmulas de los humanos. Esa estrella que brilla con más fulgor, es la antorcha nupcial que alumbra nuestras bodas, y todas las demás son las lámparas del universo, templo augusto, inmenso y digno del Eterno que re-

cibe nuestros votos.”—Vibraban estas palabras en el alma de Rosa, como el canto de los ángeles en la mansión de los bienaventurados: estrechaba la mano de Eugenio contra su pecho, como para contener los fuertes latidos de su corazón, y en la embriaguez de su delirio: Sí, Eugenio, exclamaba, yo no comprendería lo que es vivir, si tu vida no hubiese de ser enteramente mía.

—¿Lo juras?

—Delante del cielo que pones por testigo de tus juramentos.

—Ya somos esposos, Rosa: él bendice nuestra unión. Ahora déjame mirarte como cosa mía, déjame respirar tu aliento. Háblame, dime que tu felicidad es tan pura como la mía. Rosa hubiera querido responder; pero enlazada su cintura por el brazo de Eugenio, sentía más enérgica en su corazón la verdad de lo que su amado le decía.

Entrevieron en efecto la felicidad como un descarriado en una noche tenebrosa divisa á lo lejos pasar entre los bosques una luz fugitiva, que sus ojos no pueden volver á descubrir. En medio de aquella fascinación, miraban ambos el inminente peligro á que está expuesta su virtud, y se detienen espantados á la vista del abismo á que se iban á precipitar. Rosa se estremece repentinamente como si todas sus ilusiones se hubiesen disipado, como si la hubiese

asaltado un recuerdo, como si se hubiesen agolpado á un tiempo á su imaginación la pesadumbre de su madre, el escándalo del público, la deshonra de su familia, la enormidad de su falta, sus temores religiosos, y cuanto podía hacer de una joven de sus circunstancias y en aquellos tiempos, la criatura más infame y la más desgraciada: una transición tan repentina entre dos existencias tan contrarias. Todas estas y otras mil ideas aterradoras, aun la de la vergüenza en la presencia de Eugenio, hacen una revolución en todo su ser y agolpan su sangre á su cerebro; se resuelven á tentar de nuevo todos los medios para salir de la alameda, aun á costa de su vida; y cuando van á emprenderlo, Rosa se sacude con un temblor convulsivo, sus ojos quedan fijos y medio cerrados, su boca entreabierta, un sudor frío baña su frente y apenas puede articular estas palabras: "Señor, me siento morir." No respondía á los halagos de su amante, y sus manos recibían las de Eugenio sin apretarlas. Eugenio atribuía esta languidez á la novedad de unas sensaciones que una niña experimentaba por la primera vez, y la acariciaba sonriendo.—"Señor, yo me muero," repetía la joven en voz más y más extinguida, y dejaba caer su cabeza en el brazo de su amado. El joven, equivocado en el sentido y en el origen de aquel desfallecimiento, se felicitaba de tener una esposa tan amante: miraba con satisfacción y con

un presentimiento de futuros é inextinguibles goces, aquella vista quebrada, aquella palidez extrema, aquel rostro exánime, y unía sus mejillas á las de su amada, exhalando palabras de deleite y de amor. La pobre Rosa repite todavía su exclamación, y como de una voz que habla muy de lejos, Eugenio apenas oye. "Eugenio... mi madre... no desprecies mi memoria;" y estas palabras mal pronunciadas, son seguidas de un ruido ronco en las cavidades del pecho, y luego de un movimiento tan extraño, que el joven sorprendido detiene su respiración, aplica con atención el oído: profundo silencio; aprieta la mano que tiene entre las suyas; ninguna acción: quiere levantarse para traerle un poco de agua de la fuente que tiene delante, y Rosa se escapa de entre sus manos, en las que deja una parte de su vestido desgarrado, y sin meter las suyas para defenderse, rueda del canapé hiriéndose la frente contra el suelo, por cuya herida corre su sangre. Se precipita Eugenio á levantarla, y abraza... ¡un cadáver!...

Le extiende, le palpa por todas partes, aplica sus manos al corazón, á ver si éste reconocía ó respondía al llamado de aquel por quien había latido siempre: se empena por aquella boca yerta en transmitir su propia vida con su aliento. No hay remedio: ha expirado. A tal aspecto se queda Eugenio en pie, inmóvil, aterrado, petri-

ficado . Una fiebre se apodera del desgraciado joven. Se reprocha perder momentos en aquella situación: vuelve á hacer los experimentos que le sugería su delirio, quiere con su calor calentar aquel cuerpo que comenzaba á enfriarse con el hielo de la muerte: los labios azulados del cadáver se contraían con una sonrisa amarga, que parecía burlarse de sus esfuerzos y sellar su desengaño. ¡Gran Dios! El cadáver de Rosa, de la que acaba de inundar en caricias, y era todavía un momento antes el objeto de un porvenir de amor y de felicidad!—Y ¿qué hacer en tan horrible trance? El, que se lisonjeaba de presentar á su adorada Rosa, limpia y pura á los ojos de su madre, echarse á sus piés y conseguir con su amor á la familia, destruir la prevención de ésta en su contra, y llegar á obtener su afecto y la aprobación universal, ver perdida sin remedio en la opinión, y ser la causa de la deshonra de aquella por quien habría dado su vida, marchitar su reputación, hacer despreciable su memoria, arrojar el fango sobre su cadáver. Pero tal vez no está irrevocablemente muerta, y primero es volverla á la vida, y después pensar en los medios de cubrir su conducta. El desgraciado se meza los cabellos, corre de un extremo á otro, se agita en todos sentidos, se le ocurre tentar el medio de romper las puertas ó salvarlas, quiere aprovechar lo que queda de la noche para volar á pedir soco-

ro á sus amigos, á todos los que se lo puedan prestar, y al trepar por una de ellas, un rumor confuso se oye por la parte de fuera; el ruido de un tropel se acerca, se le llama, se le amenaza, redoblan las imprecaciones, y acaso temiendo que se escapara, más bien se rompe que se abre la cerradura, y se apartan las dos hojas de la puerta con fracaso. Aparece un alcalde seguido del primo de Rosa y de ministros de justicia que se apoderan de su persona, preguntándole por la que llaman víctima de su seducción y su violencia. El mismo les conduce, y las hachas que llevan en las manos alumbran un cuerpo bañado en sangre.

En aquellos tiempos se puede decir que en América se ignoraba la existencia del resto del mundo. Sin ninguna comunicación con el extranjero, se creía que fuera de México no había más país en la tierra que la España; y siendo aún la correspondencia con ésta muy irregular, era una cosa extraordinaria la llegada de alguna noticia de la metrópoli: era un acontecimiento que se anunciaba con una campanita que se llamaba "de aviso," como especialmente destinada á este objeto, cuyo sonido era seguido luego del repique general de todas las de la ciudad, que despertaban con sobresalto á toda la población para no dormir más, si sonaba á cualquiera hora de la noche. No obstante que ya en la madre patria se batían por todas partes contra el vence-

dor de la Europa, incendiada toda en guerras, nada alteraba en la Nueva España, y mucho menos en la Nueva Galicia, aquella sepulcral tranquilidad todavía á principios de 1810.

En tal época fácil es concebir cuál sería el rumor á que daría lugar un acontecimiento de esta clase. No se hablaba de otra cosa, no se saludaban las gentes sin comenzar por esta conversación. En los días que duró esta ruidosa causa, se preguntaban unas al encontrarse, cuál sería la suerte del desgraciado Rubio, otras se impacientaban de que no acabasen de ahorcar á un malvado de cuyos crímenes no se admiraban, "porque, decían, ¿qué se puede esperar nunca de un criollo por más ilustre que haya sido su padre?" Algunos pocos, temiendo comprometerse, se limitaban á preguntar los pasos que llevaba la causa, con un secreto deseo de que se salvara un hombre hasta entonces tan respetado y tan querido, y aun algunas jóvenes que delante de sus madres afectaban ver con horror la conducta de Rosa, allá entre sí se comunicaban sus deseos de ser amadas como ella; mas nadie se atrevía á manifestar interés por Eugenio, ni la desaprobación más indirecta de la conducta de una familia como la de la señora*** tan principal y á quien visitaban los canónigos, los oidores y el presidente de la audiencia. Un sólo hombre, hombre superior y de eleva-

dos sentimientos, oidor también y español, pero animado por estas dos valiosas circunstancias, tomó con calor la defensa de Eugenio, de cuyo padre había sido amigo verdadero; mas todos sus esfuerzos en el foro y fuera de él, se habían estrellado contra el torrente de una especie de furor con que se le condenaba.

En fin, al cabo de tres ó cuarto meses, en un lugar sagrado en que los criminales se despiden de la tierra para salir á la eternidad, y del que su elocuencia bienhechora había libertado á tantos, se veía un joven sentado en un rincón, de un semblante macilento, de unos ojos sombreados y hundidos, de una barba crecida. Unas manos largas y huesosas sostenían su cabeza. Su aspecto todo anunciaba la imagen del infortunio, más bien que de la maldad. Reclinábase de cuando en cuando sobre un sacerdote sentado á su lado. Este sacerdote era el confesor de Rosa, que el joven había pedido.

—Hijo mío, le decía, en esta hora terrible le queda al desgraciado el gran consuelo de la religión. Si los hombres no tienen piedad al aplicar la justicia, un Dios amoroso perdona la flaqueza humana, y paga con una dicha eterna, con una dicha inefable un sólo acto de arrepentimiento. Pero ¿qué lamentable sería que á la crueldad de los hombres, y á la agonía de un suplicio se

añadiese el interminable de la otra vida, por la mentira ó por la obcecación!

—Padre mío, yo no estoy obcecado, yo estoy arrepentido, pero no puedo negar mi crimen.

—¿Es pues, verdad, que lo habeis cometido?

—¿Acaso lo he negado desde la primera declaración? La justicia de los hombres ha hecho lo que debía: no debía perdonarme, ni yo se lo he pedido.

—Pero á lo menos decidme, ¿cómo os pudo tentar el enemigo para una acción tan atroz? ¿Qué pudo arrastraros á tal desgracia?

—Yo no acertaré á decirlo, padre mío; sólo sé que yo la maté, que la robé con violencia de su casa, y que irritado de su resistencia y de su desprecio, la sacrifiqué, la ví morir sin temblar, como el facineroso más endurecido, y al tratar de huir, fuí sorprendido por la justicia.

—Así lo habéis dicho constantemente en vuestras confesiones ante el tribunal de los hombres; pero yo no sé por qué tiemblo de dejaros ir ante el tribunal de aquel á quien no podemos engañar. Yo no comprendo cómo habéis sido sin piedad para sacrificar una persona que amábais, y no para saciar vuestros deseos: esa brutal y lamentable pasión que os arrostró á tanto horror, ¿cómo no os hizo triunfar antes de su debilidad? ¿Persistís en negarlo ante un

ministro indigno, del que no quiere más que vuestra confesión para abriros sus brazos?

—¡Oh! no, padre mío, os lo repito, murió casta, pura, intacta como había vivido. En aquel momento no emprendí vencer su virtud, porque no era ya mi amor lo que la quería manifestar, sino mi venganza. Ciego en mi furor, levanté la mano y la derribé de un golpe, cuya horrorosa señal, y sus vestidos desgarrados, han confirmado mis confesiones á los ojos de la justicia. Perdonadme, padre mío: os suplico me dejéis solo hasta que os llame: tengo necesidad de reposo.

Apenas el sacerdote hubo salido, Eugenio, paseándose precipitado, se entregaba á toda la amargura de su llanto, á toda su desesperación, más infeliz, más apesadumbrado de la muerte de Rosa, que de la suya y de todas las desgracias que le sobrevinieron. No, Rosa, exclamaba: los hombres no marchitarán tu memoria: su planta no hollará tu sepulcro con desprecio. Tú moriste con la muerte de la virtud, y tú serás virtuosa á los ojos de tu madre y á los del mundo. Allá en la mansión de la verdad, tú eres pura, tú eres recibida por el Dios que te hizo, y que te hizo para amarme: allí serás un ángel intercesor por tu Eugenio que hoy te adora más que nunca: ven, Rosa, ven mañana al lugar de mi sacrificio para aceptarlo y conducirme al trono del